

# **Prácticas profesionales de la comunicación.**

## **Caracterización y perspectivas de desarrollo ante la crisis**

Raúl Fuentes Navarro

---

No está muy lejos ya la fecha en que los estudios de periodismo en México cumplirán cuarenta años de formación. La primera institución que los impartió, y que a la fecha sigue haciéndolo, la Escuela de Periodismo Carlos Septién García, señaló un camino que luego retomarían la Universidad Veracruzana (1954) y la UNAM (1957).

Hace muy poco, en la Universidad Iberoamericana se celebraron los veinticinco años de la fundación de su carrera de comunicación, que en 1960 se planteaba en términos diferentes a los estudios de periodismo, los de filosofía y letras y los de otras especialidades, e inauguraba un modelo de profesión que a la fecha se imparte, con múltiples variaciones y la evolución correspondiente, en unas doscientas instituciones en toda América Latina. En México, siguieron a la Iberoamericana en la constitución de carreras de Ciencias de la Comunicación, entre las primeras, el ITESO de Guadalajara (1967), la Universidad Anáhuac (1970), la U de M y el Tecnológico de Monterrey (1971).

Actualmente, la carrera se ofrece como opción a quienes ingresan a licenciatura, en 57 centros de enseñanza superior en nuestro país, y en cinco de ellos, además, funcionan programas de maestría. No obstante la dificultad que representa el no contar con estadísticas confiables, se calcula que por lo menos 20,000 jóvenes mexicanos esperan convertirse próximamente en licenciados en comunicación, y que más de 10,000 ya no tan jóvenes, hemos cubierto esa meta.

Hay mucho que decir sobre la historia de las escuelas de comunicación, diversos análisis que completar y actualizar, y un sinnúmero de acciones pendientes que emprender. Hay ya una buena cantidad de estudios sobre el tema, de juicios y diagnósticos, de proyectos y experiencias, acumulados a lo largo de los años. Sería muy bueno que estudiantes y profesores, investigadores y egresados, directivos y, sobre todo, planificadores, leyeran y discutieran todos estos estudios para que, desde sus respectivas posiciones, aportaran mayor claridad a la hasta hoy alcanzada sobre este farragoso campo en que nos movemos.

Con respecto a la historia y la estructura de las escuelas de comunicación no pretendo aquí, pues, sino remitir a los interesados a la bibliografía disponible, de entre la cual recomiendo especialmente los textos citados en el anexo de este trabajo. Pero será imprescindible referir a ciertas características de las instituciones y de los procesos de formación de comunicadores para abordar el tema que nos ocupa: el de los productos de esas instituciones y de esos procesos, los sujetos formados, los comunicadores universitarios, desde el punto de vista de las prácticas profesionales.

Sobre este asunto, desgraciadamente, se dispone de muy pocos estudios sistemáticos en México, menos aún que sobre las escuelas. Paradójicamente, esta misma escasez de estudios sobre las prácticas profesionales de los comunicadores universitarios refleja uno de los problemas fundamentales de las instituciones educativas: al no realizar seguimientos de sus egresados, carecen de una información esencial para revisar y transformar sus diseños y prácticas curriculares. Difícilmente puede planificarse y orientarse adecuadamente la actividad educativa sin un conocimiento sólido de lo que produce, sin evaluación de sus resultados.

La inquietud tan común entre estudiantes sobre el futuro desarrollo profesional es absolutamente legítima; pero sin información amplia y orientación auténtica de los profesores, puede conducir, como de hecho sucede en muchísimos casos, a la alimentación de falsas esperanzas, a la pasividad conformista, y a la deformación de la imagen que el comunicador profesional proyecta socialmente.

Esta desorientación cunde también entre los propios egresados, que cada día encuentran mayor dificultad para ubicar socialmente la profesión en que pretenden inscribir sus prácticas concretas, y que, a través de la debilidad y dispersión de las asociaciones profesionales, se desdibuja como estructura social. Porque como ha escrito Pablo Latapí, "una profesión —cualquiera— no es la prestación de un ser-

vicio de un individuo a otro individuo. Es un conjunto de relaciones estables entre hombres con necesidades y hombres con la capacidad de satisfacerlas. Por esto las profesiones adquieren modos de funcionamiento acordes con la formación social en que están insertas. Por esto son estructuras sociales.” (Latapí, 1979: 200).

Indudablemente, la formación universitaria de comunicadores sociales ha tenido, no sólo en México sino en toda Latinoamérica, como eje de referencia fundamental a otra estructura social, la de los medios masivos, cuyo funcionamiento y desarrollo se explican también en función del papel que han desempeñado en la formación social del México contemporáneo. Tal eje ha sido objeto de fuertes polémicas académicas y políticas y por tanto la referencia a él por parte de las escuelas de comunicación no ha sido homogénea. Se ha fluctuado desde la alianza abierta hasta la descalificación total. Pero sin duda, la dependencia del intelecto universitario ante la práctica de los detentadores de los medios ha prevalecido. La reducción de la Teoría de la Comunicación al mero estudio de los medios ha sido una consecuencia empobrecedora de la polarización de las visiones acríicas sobre el funcionamiento real de los medios y sus funciones sociales. Otra, la desintegración de la teoría y la práctica. Una más, la falta de solidez en las respuestas ante los retos políticos, tecnológicos, económicos, sociales, culturales e ideológico-informativos que la crisis ha puesto frente a los comunicadores. Nuevamente Latapí ofrece pautas de interpretación: “Cada profesión tiene un específico modo de producción de sus servicios; un perfil de funciones que corresponden a determinados sectores sociales; una implícita jerarquía de las necesidades humanas; una ideología subyacente que le dicta sus normas, sus valoraciones y conductas; una pauta para dividir y especializar sus servicios; y una manera correcta de relacionarse con otras profesiones afines. Todos estos elementos constituyen a la profesión en estructura social y hacen que dejada al libre juego del mercado, refuerce el actual sistema de diferenciación de clases y distribución del poder.” (Latapí, *ibid*).

Algunos datos recientes (FELAFACS, 1985: 65 – 71), a nivel nacional, permiten calcular que no más del 40 o/o de los egresados de las escuelas de comunicación trabajan en los medios masivos, incluyendo en ese porcentaje a quienes se dedican a la publicidad y a quienes se ocupan de la producción independiente, que no suele tener por objeto la difusión masiva de sus mensajes, sino más bien una cobertura social restringida. Para algunos, este porcentaje es síntoma de que la formación universitaria es deficiente, al grado de que los

egresados no encuentran empleo porque no son capaces de desempeñarlo con eficiencia. Esta postura me parece inaceptable por reduccionista, aún concediendo que muchos egresados no están capacitados mínimamente para ocupar un puesto en los medios, porque supone que la formación universitaria es una habilitación técnica y nada más, y también porque implica que sólo en los grandes medios se puede practicar dignamente la profesión. Lo grave es que estos supuestos se sustentan en las universidades y formen parte de los procesos formativos de muchos alumnos.

Desde hace muchos años, un buen número de egresados de Ciencias de la Comunicación ha abierto campos de acción profesional en organizaciones e instituciones, tanto del sector privado como del público y el social. No sólo en las oficinas de prensa, relaciones públicas o en las llamadas de comunicación social se desarrollan prácticas profesionales de comunicadores, sino también en las áreas de recursos humanos, capacitación y adiestramiento de personal, comunicaciones internas, promoción social y seguridad industrial. Aquí la reducción imperante es la promovida por la ideología empresarial, aquella que concibe la comunicación únicamente como instrumento de dominación y técnica para eficientar la explotación del trabajo. Nuevamente, es lamentable constatar la presencia operante de esta reducción al interior de las propias escuelas.

Por otra parte, la enorme expansión de los estudios formales de comunicación ha contribuido al desarrollo de otro tipo de prácticas profesionales: aquellas que se ubican en ámbitos educativos. Hay que hablar aquí no sólo de la docencia en las mismas escuelas de comunicación, cuyos requerimientos numéricos son importantes, por no entrar ahora a los cualitativos, sino de la investigación, de la planificación educativa, de la educación popular; es decir, de todas aquellas prácticas que formal, informal y no-formalmente implican el ejercicio de modelos de comunicación educativa. Para ser fiel con el esquema, he de rechazar la reducción que suele hacerse de este campo a la mera docencia, mal considerada como una forma de subempleo, y a la producción de materiales de apoyo didáctico, reducciones desafortunadamente también asumidas en muchas escuelas. (Fuentes, 1985).

Al sintetizar en estos tres campos —el de la producción de mensajes, el institucional y el de la educación— las prácticas profesionales de los comunicadores sociales, trato de construir categorías que den cuenta de los ejercicios concretos que desempeñan de hecho los egresados, no plantear ideales de ningún tipo. Dentro de cada uno de estos campos propuestos se ubican prácticas decadentes, predominan-

tes y emergentes de diversas relevancias socioprofesionales, y diferentes composiciones operativas que permiten identificar y evaluar las prácticas concretas con respecto a condiciones y necesidades sociales específicas. Porque es claro que la profesión del comunicador deberá investigarse, revelarse, desde la concreción de sus prácticas dentro de la específica formación social del país, ya que ésta fija límites y establece parámetros en lo económico, lo político, lo ideológico y lo cultural; también, por ende, en lo profesional, y por ello es ahí donde pueden encontrarse explicaciones para las contradicciones, diversidades y representaciones de la profesión del comunicador, sobre los modelos de funcionamiento que establece, y sobre las jerarquías de necesidades sociales a las que trata de atender.

Así, las prácticas de producción de mensajes, que responden básicamente a un paradigma informativo, es decir, que esencialmente se constituyen por operaciones de recolección, procesamiento y transmisión de datos en forma de productos comunicativos, tienen ya relativamente poco espacio para comunicadores universitarios en los medios masivos de mayor cobertura, controlados por Televisa —y fuentes de empleo, por tanto, para los cuadros especializados formados por la propia corporación— aunque todavía hay oportunidades laborales considerables en radiodifusoras, televisoras y publicaciones locales en muchas ciudades medias del interior del país. No obstante que estos espacios tienden también a saturarse y a disminuir, hay grandes demandas de recursos humanos capacitados en ciertas áreas que implican creatividad y solvencia técnica. Este tipo de prácticas profesionales, —en la producción de mensajes— por su propia naturaleza están determinadas por la evolución de las tecnologías de información que, desde los centros transnacionales, se expanden rápidamente en países como el nuestro; de ahí que tengan, como se ha demostrado hasta ahora y especialmente desde el recrudecimiento de la crisis nacional, una marcada vinculación con funciones políticas, económicas y culturales señaladas por las minorías sociales que detentan el poder de esas dimensiones.

Las prácticas que he llamado institucionales tienen como común denominador la búsqueda de metas de eficiencia en organizaciones cuyo fin no es propiamente la comunicación, sean éstas industrias, empresas comerciales o de servicios, entidades gubernamentales, sindicatos o partidos políticos, organizaciones populares o agrupaciones sociales de otros géneros. En estas instituciones intermedias, los comunicadores planifican, organizan, ejecutan y evalúan campañas de comunicación de diversos tipos y empleando diferentes medios, pero

siempre determinados por el logro de objetivos de eficiencia en los sistemas. Desde los programas de inducción, capacitación y adiestramiento de personal en empresas transnacionales hasta las campañas de propaganda y adoctrinamiento ideológico en partidos políticos, pasando por organizaciones de colonos, campesinos, obreros o empleados, la comunicación se administra como un recurso de valor reconocido en mayor o menor medida, pero siempre dependiente de otras esferas. Las necesidades de comunicación se ven así instrumentalizadas en su atención por las necesidades de reproducción de la institución, y mediatizadas por los objetivos de ésta. Sobre todo en las organizaciones populares, y en las instituciones públicas y privadas de magnitud intermedia, sigue abierta la demanda de comunicadores hábiles para diagnosticar y diseñar procesos y sistemas de comunicación personal y grupal, aunque también interinstitucional y social.

El campo de las prácticas de educación es el que con mayor claridad se muestra vinculado a valores democráticos, humanistas y —en su sentido general— comunicacionales. Cuando el comunicador interviene en procesos educativos, sobre todo los que se establecen sobre un esquema participativo y horizontal, practica un paradigma que relaciona a la comunicación con la adquisición y la construcción del conocimiento, con la apropiación y la generalización de la cultura, con los elementos constitutivos de la socialización del saber y del hacer; es decir, con necesidades humanas y sociales fundamentales. Este tipo de prácticas es difícil de definir en términos profesionales porque se superpone a otros enfoques disciplinarios, pero —quitando tal vez las formas más tradicionales de docencia— en este campo se ubican sin duda las prácticas comunicacionales más prometedoras socioprofesionalmente, que deberán desarrollarse en el futuro próximo sobre la recuperación crítica de las experiencias en proceso. Me atrevo a decir que si la comunicación operada por profesionales universitarios ha de tener alguna posibilidad de contribuir a la transformación estructural y a la superación de la crisis que padece nuestra sociedad, ésta se encuentra en prácticas educativas como las que ya realizan algunos egresados de algunas escuelas de comunicación.

Obviamente, al exponer un panorama tan generalizante y sintetizar en tres los modelos de prácticas profesionales de los comunicadores, no pretendo hacer creer que el ejercicio profesional de cada egresado se ajusta mecánicamente a uno de los modelos o que éstos son, en concreto, mutuamente excluyentes. Por el contrario, creo que estas categorías hipotéticas pueden ayudar a ubicar sistemáticamente la enorme variedad de prácticas desempeñadas por los comuni-

cadres mexicanos. Por principio, hay que reproducir las categorías y aplicarlas sobre ellas mismas en una matriz que permita discriminar situaciones diferentes. Es decir, el campo de las prácticas de producción incluye, además de las de producción de mensajes en su sentido estricto, el técnico, a las que lo hacen en un contexto o para fines institucionales, y las que contribuyen o generan procesos educativos. Las prácticas institucionales, además de las propiamente administrativas, incluyen también modalidades de generación o transmisión informativa, y las que de alguna manera son educativas. En fin, las prácticas de educación a su vez pueden estar cargadas hacia lo informativo, como la docencia tradicional, o pretender eficientar los procesos no comunicativos en que se insertan, como algunos programas de educación no formal.

Está en marcha en el ITESO un proyecto de investigación sobre las prácticas profesionales de los comunicadores universitarios en México (Corrales y Fuentes, 1985), para el desarrollo del cual esperamos contar con la colaboración de las instituciones miembros del CONEICC, que tiene como primer objetivo describir, tipificar y ubicar las prácticas, establecer los diversos perfiles profesionales operantes, y sentar con ello las bases para desentrañar las determinaciones sociales que históricamente han originado en México esos perfiles y tendencias, en el contexto del desarrollo del país, la profesión y los medios.

Contamos para ello con la información proporcionada por las escuelas en junio de 1984 como respuesta a la investigación de FELAFACS. (Op. cit) Dieciséis universidades reportan en conjunto un total de 7,357 egresados, cuyas actividades profesionales se distribuyen aproximadamente así: en producción de medios, 2,839 (38.6 o/o); en prácticas institucionales, 1,915 (26 o/o); en educación, 481 (6.4 o/o); en otras actividades no tipificables en estas categorías, 2,122 (29 o/o). Destacan los periodistas, 1,184 (16.2 o/o); quienes trabajan para el gobierno, 1,092 (14.8 o/o); y quienes lo hacen en empresas privadas, 931 (12.6 o/o). Es necesario hacer la aclaración de que estas cifras son aproximadamente calculadas, no datos empíricamente registrados, por lo que solamente significan indicios previos para la investigación y no descripciones fieles de las prácticas profesionales actuales. Desgraciadamente, como ya lo señalaba anteriormente, no son comunes los estudios de seguimiento de egresados en nuestras universidades y recopilar estos datos nacionalmente es una tarea descomunal.

No obstante la falta de información empírica sistemática al res-

pecto, hay por lo menos dos criterios que guían nuestro análisis: tomamos por supuesto que las prácticas profesionales no están determinadas directamente por la formación universitaria cursada, y que las prácticas profesionales no pueden entenderse cabalmente limitando el análisis a las condiciones del llamado mercado de trabajo.

Estas dos afirmaciones contradicen lo que suele pensarse: por lo general, cuando un egresado se siente insatisfecho por su experiencia en el campo laboral, proyecta la responsabilidad de lo que considera su fracaso a la universidad donde estudió. Cuando la insatisfacción es económica, se dice que "la carrera no sirve"; cuando es de reconocimiento, que la universidad no proporcionó los elementos necesarios; cuando es de trascendencia social, que fue un engaño el que lo hizo cursar tales estudios. Desde que muchos estudiantes deciden inscribirse en una determinada licenciatura en cierta universidad, sus expectativas se orientan a recibir, más que a producir una profesión, y esta actitud se mantiene, independientemente de la calidad de la enseñanza universitaria ofrecida. Creyendo que estudiando tal cosa en tal institución se adquiere automáticamente tal posición profesional, el estudiante elude su responsabilidad: de esa manera, si sus expectativas se ven frustradas, la culpa es de la escuela; pero si son alcanzadas, el mérito es propio o no hay ningún mérito.

Como consecuencia de esta creencia, muy extendida y desgraciadamente fomentada por algunas instituciones, hay una preocupación excesiva por el mercado de trabajo. Se olvida que, en cualquier profesión u oficio, no hay plazas creadas esperando la formación de quien las va a ocupar, sino que éstas se crean porque hay quien las ocupe, porque hay quien justifica con su práctica que se le contrate, en unas u otras condiciones, y se le pague un salario y se le dé un reconocimiento, mayores o menores, por su trabajo. La práctica tiene que ver más con la capacidad de satisfacer necesidades sociales que con la habilidad para ocupar una plaza laboral.

En este sentido, la formación universitaria de un comunicador tiene en el fondo dos condiciones, se reconozcan o no: primero, que es mucho más importante la autoformación del sujeto que la reproducción de contenidos; y segundo, que la formación universitaria no puede estar sujeta a los caprichos de los agentes sociales que controlará los mercados de trabajo, que además, cambian de acuerdo a las circunstancias de evolución, estructural y coyuntural de la sociedad.

Por ello en las condiciones actuales de crisis, es de particular importancia revisar a fondo las condiciones en que se ha venido trabajando en las escuelas de comunicación y las contribuciones que

ocupan, a las tareas nacionales. No es válido pensar en términos individualistas sobre los deterioros sufridos en nombre de la crisis, que evidentemente los hay; el reto es social y la responsabilidad hay que deslindarla y asumirla. Las necesidades sociales de comunicación están ahí, como nunca, palpables: necesidades de información clara y oportuna, de expresión de las distintas clases y las diversas corrientes ideológicas, de organización y eficacia en la producción y en el consumo, de conducción de esfuerzos y de solidaridad, de ejercicio de la democracia en la vida cotidiana --no sólo en las urnas-- y de constitución de sujetos capaces de autodeterminarse ante el futuro, de extensión y generación de bienes culturales, de redescubrimiento de la identidad nacional y de defensa de la soberanía, entre otras. Estas necesidades de comunicación no están siendo satisfechas adecuadamente: hay mediaciones sociales obstaculizadoras.

Si la función social de los profesionales de la comunicación es precisamente mediar entre las necesidades de comunicación y su satisfacción en una formación social y en un momento determinados, una contribución importante debe pasar por la identificación y reorientación de las concreciones que, según el concepto de Latapí antes citado, constituyen la profesión de los comunicadores ante la crisis: tenemos que saber cuál es el modo específico de producción de nuestros servicios, a cuáles sectores sociales les somos funcionales, qué jerarquía implícita de necesidades humanas sustentamos, cómo se define la ideología subyacente que nos dicta normas, valoraciones y conductas, cómo se dividen y especializan nuestros servicios, qué tipos de relaciones establecemos con otras profesiones, en fin, qué reorientaciones necesarias son posibles en los programas universitarios de formación de comunicadores y qué líneas de planeación estratégica pueden adoptarse desde las asociaciones profesionales existentes o por constituirse.

## REFERENCIAS:

Corrales Carlos y Fuentes Raúl. (1985): *Sistematización de las Prácticas Profesionales de los Comunicadores Universitarios en México. Significación y Factores de Transformación*. Resumen del Proyecto. ITESO, Maestría en Comunicación, octubre.

FELAFACS (Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades Comunicación Social) (1985): *La Formación Profesional de Comunicadores Sociales en América Latina*. Pregrados y Postgrados 1984 - 1985. Bogotá, Colombia.

Fuentes Navarro Raúl (1985): Formación Universitaria y Práctica Profesional de la Comunicación Social en México. Ponencia presentada en la Semana de Comunicación de la Universidad de Colima, noviembre.

Latapí Pablo (1979): "Hacia un Profesional Diferente" En: *Política Educativa y Valores Nacionales*, Ed. Nueva Imagen, México, pp 199-202.

## BIBLIOGRAFIA SELECTA SOBRE FORMACION Y PRACTICA PROFESIONAL DE LOS COMUNICADORES SOCIALES EN MEXICO.

Antezana Villegas Mauricio: "La errátil circunstancia de las Ciencias de la Comunicación". En: Fernández Ch. y Yepes (COMPS): *Comunicación y Teoría Social*. UNAM, México, 1984.

Baldivia José et al: *La formación de los periodistas en América Latina*. México, Chile, Costa Rica. CEESTEM/Nueva Imagen, México, 1981.

Caletti Rubén Sergio: "Reflexiones sobre teoría y cambio social." En: *Comunicación y Cultura* No. 10, México, 1983.

CONEICC Comité de Asuntos de Académicos: *Diagnóstico de la enseñanza de la comunicación social en México*. 1981.

Contreras Eduardo, Prieto Daniel, Torres Luis, Neira Walter: "Formación del comunicador y nuevas tecnologías (controversia)." En: *Chasqui* No. 13, Quito, 1985.

Corral Corral Manuel: *La Ciencia de la Comunicación en México: origen, desarrollo y situación actual*. Cuadernos del TICOM, UAM-X, México, No. 15. 1982.

Esteinou Madrid Javier. "CIESPAL y la ciencia de la comunicación." En: *Chasqui* No. 11, Quinto, 1984.

FELAFACS: *La formación universitaria de comunicadores sociales en América Latina*. Pregrados y Postgrados 1984-1985. Bogotá, 1985.

Fuentes Navarro Raúl: *El diseño curricular en la formación universitaria de comunicadores sociales para América Latina. Realidades, Tendencias y Alternativas*. Ponencias en el III Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social. México, 1982.

Fuentes Navarro Raúl: *Escuelas de Comunicación y Brechas Tecnológicas en México*. Ponencia en el III Encuentro CONEICC, Guadalajara, 1984.

Fuentes Raúl y Luna Carlos: *La investigación y los postgrados de comunicación en México. Centralismo y dispersión*. Ponencia en el III Encuentro AMIC, México, 1985.

Galindo Cáceres Jesús: *La universidad y la disciplina de la comunicación*. Tesis Profesional, UIA, México, 1978.

González Casanova Enrique: "El futuro de los medios de información relacionado con la formación universitaria de los periodistas." En: *Revista de Ciencias Políticas y Sociales* No. 39, México, 1965.

Gutiérrez Konan Daniel Carlos: *La Ciencia de la Comunicación como instrumento ideológico*. Tesis Profesional, UNAM, FCPS, México, 1980.

Jiménez Mendez José Heliodoro: *La Ciencia de la Comunicación en América Latina: un caso de dependencia científica*. Cuadernos del TICOM, UAM-X, México, No. 13, 1982.

Luna Cortés Carlos E.: *El currículo y su telón de fondo en las escuelas de comunicación*. Ponencia en el I Encuentro CONEICC, Monterrey, 1982.

Martín Barbero Jesús: "Sentido de una reforma curricular." En: *Chasqui* No. 13, Quito, 1985.

Nixon Raymond R.: *Education for Journalism in Latin America. A report of progress*. Minnesota Journalism Center, 1981.

Ordóñez Andrade Marco: "Las condicionantes ideológicas y la formación profesional de comunicadores en América Latina." En: *Cuadernos del CEC* No. 6, UNAM, FCPS, México, 1979.

Prieto Castillo Daniel: *La formación de comunicadores frente a las necesidades sociales*. Ponencia en el III Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social. México, 1982.

Prieto Castillo Daniel: "Teoricismo y Autocrítica: en busca del tiempo perdido." En: *Connotaciones* No. 4, AMIC, México, 1983.

Rojas Zamorano Alberto: "La formación y la práctica profesional de los recursos humanos de la comunicación social." En: *Seminario de Comunicación Social*, UAM-A/AMIC, México, 1983.

Romo de Rosell Cristina: *Algunas reflexiones sobre la enseñanza de la comunicación en México*. Ponencia en la Reunión sobre enseñanza de la comunicación en los países de habla hispana y portuguesa, Madrid, 1983.

Rota Josep: *Hacia un nuevo perfil del comunicador social latinoamericano*. Ponencia en el II Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social, Lima, 1980.

Sánchez García Joaquín. *Criterios para la formación de comunicadores sociales en América Latina*. Ponencia en el I Foro Internacional de Comunicación Social "Comunicación y Poder", Lima, 1982.

Sánchez García Joaquín: "Formación profesional de comunicadores en América Latina." En: *Chasqui* No. 11, Quito, 1984.

Solis Beatriz. *Notas sobre la enseñanza de la comunicación*. En: *Connottaciones* No. 4, AMIC, México, 1983.